

MI CORAZÓN SE ALEGRA PORQUE TÚ, OH CRISTO, VIVES
Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación
Rímimi, 28 abril 2017

Apuntes de la Introducción de Julián Carrón

«Que la oración no sea un gesto mecánico», nos decía don Giussani. Por ello, «¡avivemos nuestra conciencia, despertemos nuestra responsabilidad! [...] Todo el mundo se halla bajo una capa de plomo: el olvido del motivo por el que uno se levanta por las mañanas, por el que retoma las cosas, por el que se retoma a sí mismo. Las cosas producen un impacto sobre el hombre y le dicen: “Despiértate”. [...] ¡Dios mío, esta debería ser la reconquista de cada mañana! Y, en cambio, lo que normalmente caracteriza estas jornadas desde el principio es un grave olvido, aunque luego estén llenas de actividad. [...] Cuando nos reunimos, lo hacemos para mirar hacia la luz [...], [para recobrarlos de este olvido, para] impedir que el hombre que está junto a nosotros lllore solo y sin horizonte. [...] Y así, en este momento, nuestra cabeza puede salir de la niebla que habitualmente la cubre: recobremos la conciencia, recuperemos la responsabilidad hacia nosotros y hacia las cosas, por amor a nosotros y por amor al sol, por amor a nosotros y por amor a los hombres. [...] De nosotros depende que se despierte en el mundo y subsista esta compañía, esta posibilidad de compañía que elimina la extrañeza entre tú y yo, entre un hombre y otro hombre, y que permite que las cosas sean útiles, que el tiempo sea útil»¹.

Pidámoslo con toda la conciencia de la que somos capaces.

Desciende Santo Espíritu

Comienzo dando lectura al telegrama que nos ha enviado el Santo Padre: «Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Su Santidad el papa Francisco, espiritualmente presente, saluda a todos propicia y cordialmente. Desea para los numerosos participantes y para cuantos se conecten vía satélite abundantes frutos de redescubrimiento interior de la fe cristiana, en un mundo roto por la lógica del beneficio, que produce nuevas pobreza y genera la cultura del descarte. Sostenidos por la certeza de la presencia de Cristo resucitado y vivo, el Santo Padre invoca los dones del Espíritu Divino para que pueda realizarse esa revolución de la ternura que comenzó Jesús con su amor de predilección por los más pequeños, en la estela trazada por el benemérito sacerdote monseñor Luigi Giussani, que exhortaba a hacer de la pobreza nuestro amor. Y al tiempo que pide perseverar en la oración por su ministerio universal, invoca la protección celestial de la Virgen María e imparte de corazón a todos los participantes la implorada bendición apostólica, que con gusto hace extensible a toda la Fraternidad. Vaticano, 28 de abril de 2017, cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado de Su Santidad».

¹ L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991)*, BUR, Milán 2013, pp. 219-220.

1. «¿Qué sería una salvación que no fuese libre?»

Nuestro modo de empezar esta noche parece una paradoja: don Giussani nos ha reclamado a rezar de tal modo que nuestra oración no sea mecánica, nos ha invitado a avivar nuestra conciencia, a despertar nuestra responsabilidad, es decir, a ejercer nuestra libertad; sin embargo, poco antes de escuchar sus palabras hemos cantado lo incapaces que somos de vivir con verdad, lo contradictorios que somos en el uso de la libertad: «Solo he aprendido a engañarme a mí mismo [...]. / En mis manos solo ha quedado / tierra quemada, nombres sin un porqué [...] / *Con mis manos / nunca podré hacer justicia*»².

¿Por qué pone tanto empeño don Giussani en que recobremos la conciencia, en que avivemos nuestra conciencia, en que ejerzamos nuestra libertad? El porqué nos lo recuerda Péguy: «Pero qué sería una salvación [dice Dios] que no fuese libre. / Así cómo iba a poder estar cualificada. / Queremos que esa salvación la adquiriera él mismo. / Él mismo, el hombre. Que se la procure él mismo. / Que proceda, en cierto sentido, de él mismo. Tal es el secreto, / Tal es el misterio de la libertad del hombre. / Tal es el valor que le damos a la libertad del hombre»³.

¿Quién podría imaginar una valorización del hombre y de su libertad como esta? Dios quiere que seamos protagonistas de nuestra salvación. ¡Todo lo contrario a vaciar el valor del tiempo y de la historia! ¿Por qué? «Porque yo mismo soy libre, dice Dios, y he creado al hombre a mi imagen y semejanza. / Tal es el misterio, tal es el secreto, tal es el valor / De toda libertad. / La libertad de esta criatura es el reflejo más hermoso que hay en el mundo / De la libertad del Creador. Por eso la valoramos tanto, / Y le damos un valor propio»⁴.

Pero, ¿por qué tiene Dios tanto interés en implicarnos en nuestra salvación, sabiendo que somos unos pobrecillos? ¿Cuál es la razón de esta insistencia suya en nuestra colaboración?

«Una salvación [continúa Péguy] que no fuese libre, [...] que no viniese de un hombre libre, ya no supondría nada para nosotros. Qué interés presentaría una salvación así. / Una beatitud de esclavos, una salvación de esclavos, una beatitud sierva, por qué queréis que me interese. Acaso gusta ser amado por esclavos»⁵.

Péguy toca aquí, anticipándose a los tiempos, el punto más sensible de nuestro tiempo: la libertad. Si en alguna época de la historia estas palabras han sido verdaderas, con mayor razón lo son en un momento en que ya no se mantiene en pie ninguna convicción, en que ninguna costumbre es suficiente para comunicar el cristianismo de modo que sea aceptable. Más aún, todo parece estar en contra de él. De hecho, el cristianismo ya no está de moda, ya no es algo que se pueda transmitir por costumbre o por hábitos sociales. Para muchas personas a nuestro alrededor, el cristianismo es una “cosa vieja” que hay que descartar sin tomarla siquiera en consideración. Y esto puede tener sobre nosotros el efecto de tumbarnos o bien de relanzarnos a la aventura, exaltando todavía más lo que es verdad desde los orígenes del cristianismo: Cristo se propone a la libertad del hombre.

² C. Chieffo, «La guerra», en *Cancionero*, Comunion y Liberación, Madrid 2007, p. 338.

³ Ch. Péguy, «El misterio de los santos inocentes», en *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 397.

⁴ *Ibidem*, pp. 397-398.

⁵ *Ibidem*, p. 398.

Esto es verdad ante todo para nosotros: no hay nada que pueda ahorrarnos la libertad, nada que pueda prender en nosotros si no es acogido y conquistado desde la libertad. Es algo que nos apremia. Fijaos lo que me escribe uno de vosotros: «Querido Julián, a tres días de los Ejercicios Espirituales, he sentido el deseo de comunicarte por qué he decidido una vez más participar en ellos. No me basta con adherirme mecánicamente a un aviso. Necesito volver a descubrir las razones que me permitan estar ahí con la mente y con el corazón abiertos. En un mundo tan aparentemente lejano del gesto que realizamos, yo lo percibo como un bien y como algo útil para mí y para el mundo. En la vida de cada uno se juega esta gran partida de la relación con el Infinito, que de forma misteriosa atraviesa lo finito de nuestras vidas y las llama a Sí. Abrirme a esto ha cambiado la perspectiva con la que vivo. La vida no es sencilla para nadie, tampoco lo es para mí. Dentro de la gracia del camino que nos llamas a hacer, he descubierto, luchando, que la vida es bella no porque todo esté en su sitio o porque sea exactamente como yo la imagino. La vida es bella porque cada día se da la posibilidad de relación con el Misterio, y todo puede convertirse en un desafío para descubrir esta relación y para obtener de ella una ganancia para uno mismo. Lo que me libera del ansia y del miedo (las verdaderas enfermedades de este tiempo que todo el mundo trata de curar con medicinas) es haber experimentado que en lo imprevisto se esconde algo que ha sido preparado para mí, una ocasión para profundizar en esa relación con el Misterio. Necesito volver a escuchar que Alguien me llama por mi nombre y que lo que ha comenzado conmigo no tiene fin. Te estoy agradecido por ello, porque estás llamado a despertar nuestra mirada y nuestro corazón ante el atractivo de Jesús, y ante cada uno de nosotros, apasionado por nuestro propio destino».

Por otro lado, ¿a quién le interesaría una salvación que no fuese libre, una beatitud de esclavos? ¿Y qué gusto encontraría Dios en ser amado por personas que lo hiciesen por inercia u obligación? A Dios no le habría costado nada crear otros seres que cumpliesen su tarea de forma mecánica, como esclavos. De igual modo habría podido crear otros astros que girasen de forma mecánica. También ellos habrían contribuido, dice Péguy, a hacer resplandecer Su poder. «Mi poder reluce lo suficiente en las arenas del mar y en las estrellas del cielo. / No se discute, es conocido, resplandece lo suficiente en la creación inanimada. / Resplandece lo suficiente en el gobierno, / En el acontecimiento mismo del hombre»⁶. Entonces, ¿qué quería Dios? «Pero en mi creación animada, dice Dios, he querido algo mejor, he querido más. / Algo infinitamente mejor. Infinitamente más. Pues he querido esta libertad. / He *creado* esta libertad [...]. Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado libremente, las sumisiones ya no presentan ningún atractivo. / Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado por hombres libres la postración, las inclinaciones de los esclavos ya no significan nada. [...] Nada tiene ese peso, nada tiene ese valor. / Esa es, desde luego, mi mayor invención»⁷.

Por tanto, Dios ha querido algo mejor. También nosotros lo sabemos: «Cuando se ha tenido la experiencia de ser amado por hombres libres la postración, las inclinaciones de los esclavos ya no significan nada», «las sumisiones ya no presentan ningún atractivo». Él quería algo «infinitamente mejor. Infinitamente más»: ser amado libremente.

«Preguntad a un padre si el mejor momento / No es cuando sus hijos empiezan a amarle como hombres, / A él, como a un hombre, libremente, / Gratuitamente, / Preguntad a

⁶ *Ibidem*, p. 398.

⁷ *Ibidem*, pp. 398-399.

un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una hora secreta, / Un momento secreto, / Y si no ocurre acaso / Cuando sus hijos empiezan a hacerse hombres, / Libres, / Y le tratan a él como a un hombre, / Libre, / Le quieren como a un hombre, / Libre, / Preguntad a un padre cuyos hijos están creciendo. // Preguntad a un padre si no hay una elección entre todas / Y si no ocurre acaso / Precisamente cuando desaparece la sumisión y sus hijos hechos hombres / Le quieren (le tratan), por así decirlo, como concedores, / De hombre a hombre, / Libremente, / Gratuitamente. Le estiman así. / Preguntad a un padre si no sabe que nada vale tanto como / Una mirada de hombre que se cruza con otra mirada de hombre. // Pues bien, yo soy su padre, dice Dios, y conozco la condición del hombre. / Yo soy el que la ha hecho. / No les pido demasiado. No pido más que su corazón. / Cuando tengo el corazón, todo me parece bien. No soy difícil. // Todas las sumisiones de esclavos del mundo no valen lo que una hermosa mirada de hombre libre. / O más bien todas las sumisiones de esclavos del mundo me repugnan y lo daría todo / Por una bella mirada de hombre libre»⁸. Una bella mirada; no la perfección, sino una bella mirada de hombre libre. Concluye Péguy: «Por esa libertad, por esa gratuidad lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente, / Gratuitamente, / Por verdaderos hombres, viriles, adultos, firmes. / Nobles, tiernos, pero de una ternura firme. / Para conseguir esa libertad, esa gratuidad, lo he sacrificado todo, / Para crear esa libertad, esa gratuidad, / Para hacer actuar esa libertad, esa gratuidad. // Para enseñarle la libertad»⁹.

Lo subraya con otras palabras san Gregorio de Nisa: «Quien creó al hombre para que participara de sus propios bienes, en modo alguno le hubiera privado del mejor y más precioso de los bienes, quiero decir del favor [...] de su libertad»¹⁰. ¿Qué interés tiene una salvación que no sea libre? Para nosotros ninguno. Pero tampoco para Dios. La salvación se vuelve interesante para el hombre y para Dios solo si es libre. Para Dios, porque quiere ser amado por hombres libres y no por esclavos. Para nosotros, porque en caso contrario no sería una salvación mía, tuya. La libertad resulta decisiva para no entender la salvación como algo propio de siervos, como algo forzado de lo que al final nos defendemos, sino como algo pertinente a nuestras exigencias como hombres. A lo largo de la historia hemos visto a dónde lleva una salvación que no sea libre, una salvación impuesta por obligación, por costumbre o por miedo. Las obligaciones han vacunado a muchos contra este tipo de salvación. Y la costumbre ha hecho que, con el tiempo, se pierda el interés por ella.

Entonces, la gran pregunta que cada uno se debe hacer al comienzo de este gesto que hacemos juntos es sencilla: ¿sigue siendo la salvación algo interesante para mí? No la costumbre, no la repetición mecánica de ciertos gestos, ¡sino la salvación! ¿Me interesa todavía la salvación como al principio, con la misma pasión del principio? El tiempo y las vicisitudes de la vida no ahorran nada a nadie. Por eso cada uno debe mirar su propia experiencia y responder en primera persona.

2. «Cristo permanece como aislado del corazón»

⁸ *Ibidem*, pp. 418-419.

⁹ *Ibidem*, p. 420.

¹⁰ Gregorio de Nisa, *La gran catequesis*, Madrid, Ciudad Nueva 1990, p. 55.

Preparando la introducción del nuevo libro que reúne los Ejercicios de la Fraternidad predicados por don Giussani, me he topado con la preocupación que le asaltaba durante los primeros Ejercicios, los de 1982, el año del reconocimiento pontificio. En aquella ocasión puso delante de todos que no bastaba con permanecer pasivamente en el movimiento para mantener la frescura original del inicio, para que el encuentro que habían tenido siguiese siendo interesante. Tampoco a nosotros, que habíamos sido elegidos, agraciados con un don tan arrollador como el encuentro con Cristo a través de don Giussani, podía bastarnos la costumbre para conservar aquel inicio. De hecho, decía: «Os habéis hecho adultos: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe –puede que exista– una lejanía con respecto a Cristo, con respecto a la emoción de hace años [no con respecto a la coherencia, sino a la emoción de hace años], sobre todo de ciertas circunstancias de hace años. Existe una lejanía con respecto a Cristo salvo en determinados momentos [salvo en ciertas ocasiones]. Salvo cuando, digamos, lleváis a cabo obras en Su nombre, en nombre de la Iglesia o del movimiento». Como podemos ver, don Giussani no se dejó deslumbrar por una posible euforia a causa del reconocimiento. «Es como si Cristo», a pesar de que pudiéramos estar implicados en muchas cosas, «estuviese lejos del corazón [...] o, mejor, Cristo permanece como aislado del corazón»¹¹. El simple hecho de permanecer no bastaba para seguir experimentando la «emoción de hace años», del inicio.

El punto clave del juicio de don Giussani se halla en que ha percibido que, al hacernos adultos, vivimos la vida con todos sus compromisos, justos todos ellos, de tal modo que «Cristo permanece como aislado del corazón». Y si Cristo está aislado del corazón, antes o después deja de resultarnos interesante. De hecho, Cristo es interesante justamente por la capacidad que tiene de hacer vibrar nuestro corazón, de corresponder a él de forma total y de hacernos captar tal correspondencia.

Pero este aislamiento de Cristo con respecto al corazón no afecta solo a nuestra relación con Él, sino a la relación con todo. La lejanía del corazón con respecto a Cristo, continúa don Giussani, genera otra lejanía que «se revela como un obstáculo insalvable entre nosotros –incluso entre marido y mujer–, [...] la lejanía del corazón con respecto a Cristo hace que uno sienta el fondo último de su corazón lejano del fondo del corazón del otro, excepto en las cosas que hacen juntos (hay que sacar adelante la casa, atender a los hijos, ir de vacaciones, etc.)»¹².

Si el aislamiento de Cristo con respecto al corazón afecta a nuestra relación con todo, es «porque el corazón», dice en seguida Giussani, «se manifiesta en el modo de mirar a los hijos, en cómo mira uno a su mujer o a su marido, al transeúnte o a los amigos, a los de su comunidad o a los compañeros de trabajo, o bien –y sobre todo– en cómo se levanta uno por las mañanas»¹³. Ahora bien, si Cristo no tiene que ver con el modo de mirar a la mujer, al marido, al transeúnte, a los compañeros de trabajo, etc., entonces no tiene que ver con la vida, con el noventa y nueve por ciento de la vida. Como consecuencia, con el tiempo, se vuelve inútil, pierde su interés.

Nosotros sabemos bien por experiencia que Cristo se ha convertido para nosotros en una presencia interesante porque ha hecho vibrar nuestro corazón, porque hace vibrar de

¹¹ L. Giussani, *Una strana compagnia*, BUR, Milán 2017, pp. 21-22.

¹² *Ibidem*, p. 22.

¹³ *Ibidem*, p. 24.

forma distinta nuestro yo delante de todo («La realidad se hace evidente en la experiencia»¹⁴, nos decía don Giussani). Del mismo modo, nosotros reconocemos que él o ella es la persona con la que queremos compartir la vida porque hace vibrar la profundidad de nuestro yo. Aquella vibración, ¿era solo un sentimentalismo o había sido sobre todo la posibilidad de descubrir el alcance que su presencia tenía para nosotros? Lo mismo vale para el encuentro con Cristo, para el impacto con su presencia, en la experiencia del inicio.

Para comprender cómo están las cosas para nosotros, sería suficiente con que cada uno se preguntase: ¿qué es lo que prevalece ahora como sentimiento de la vida? ¿Qué percibo como fondo último de mí mismo? ¿Cuál es el pensamiento dominante? ¿Cuál es la música de fondo que prevalece en nosotros? Porque el hombre es uno. Y al final solo hay un pensamiento –sea el que sea– que prevalece ahora en nosotros. Todos los análisis son inútiles, porque cada uno de nosotros queda al descubierto frente a la gran pregunta: ¿sigue siendo Cristo tan interesante como la primera vez?

Bastaría con que comparásemos nuestra vida de ahora con la pasión que el inicio provocó en nosotros para ver si Cristo permanece más pegado a nuestro corazón ahora de lo que lo estaba al principio o bien si hoy está más separado, esto es, más aislado del corazón comparado con el sobresalto inicial que nos cautivó. He aquí la alternativa: cautivados o aislados. Cada vez más cautivados o cada vez más aislados. No digo esto para que cada uno se mida a sí mismo de forma moralista –no perdamos el tiempo con esto–, sino para que percibamos si Él sigue siendo tan interesante como al principio, para tomar conciencia de hasta qué punto somos ahora más entusiastas que entonces.

3. Un camino que recorrer

En esta cercanía o lejanía de nuestro corazón con respecto a Cristo se juega nuestra libertad. La misma libertad se pone en juego en la relación con la persona que ha hecho que Cristo nos resulte cercano: don Giussani, su carisma, la herencia que hemos recibido.

En la audiencia del 7 de marzo de 2015 el Papa nos recordaba que «fidelidad al carisma no quiere decir “petrificarlo”, es el diablo quien “petrifica”, no os olvidéis. Fidelidad al carisma no quiere decir escribirlo en un pergamino y ponerlo en un cuadro. La referencia a la herencia que os ha dejado don Giussani no puede reducirse a un museo de recuerdos, de decisiones tomadas, de normas de conducta. Comporta ciertamente fidelidad a la tradición, pero fidelidad a la tradición –decía Mahler– “significa mantener vivo el fuego y no adorar las cenizas”. Don Giussani no os perdonaría jamás que perdierais la libertad y os transformarais en guías de museo o en adoradores de cenizas. ¡Mantened vivo el fuego de la memoria del primer encuentro y sed libres!»¹⁵.

Sin la libertad, la vida de cada uno de nosotros puede convertirse en un museo de recuerdos de los viejos tiempos. Si no hay algo que prevalece en el presente y que resulta más interesante que todos los recuerdos, permanecemos bloqueados. Porque todos los recuerdos –por muy bonitos que sean–, las decisiones tomadas, las normas de conducta, no son suficientes para mantener el fuego vivo ahora. Es un camino que no puede detenerse nunca: no se puede vivir de las rentas. Lo decía ya von Balthasar a comienzos de los años 50: «Una

¹⁴ L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 152.

¹⁵ Francisco, *El discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

verdad que sigue transmitiéndose sin ser repensada a fondo, ha perdido su fuerza vital»¹⁶. Y en los mismos años Guardini sostenía que «en la monotonía del puro proseguir nos ahogaremos»¹⁷.

En aquel momento, en 1982, mientras todos estaban contentos de estar en Rímini para celebrar el reconocimiento pontificio de la Fraternidad, don Giussani no se rinde, no se separa de la pasión por la vida de cada uno de nosotros. Le interesaba que ese momento, marcado por el acto de reconocimiento de la Santa Sede, fuese la ocasión para tomar conciencia de que nuestra vida, según nos hacíamos adultos, se estaba alejando de Cristo. ¿Qué es lo que le preocupaba a don Giussani? Le preocupaba la madurez de la experiencia de las personas de la Fraternidad –sobre todo después del reconocimiento–, una madurez que también hoy depende exclusivamente del camino que cada uno debe realizar.

Es bien consciente de que no existen fórmulas o instrucciones de uso que puedan sustituir el movimiento de la libertad; esta es indispensable para recorrer el camino hacia la madurez, hacia la verdad de nosotros mismos. Y decía: «Qué impresionante es pensar que la vida, el tiempo, es cambio. ¿Para qué trae una madre un niño al mundo, y este niño vive cuarenta años, cincuenta años, sesenta años, ochenta años, noventa años? ¡Para que cambie! ¡Para que se transforme! Pero, ¿qué quiere decir cambiar? Llegar a ser cada vez más verdadero, es decir cada vez más él mismo»¹⁸. Como observa Kierkegaard: «Solo conozco la verdad si ella se hace verdad en mi vida»¹⁹, y este es el sentido del cambio, de la transformación. Esta es la razón última del reclamo que nos hace don Giussani: que lleguemos a ser cada vez más verdaderos, cada vez más nosotros mismos. ¡Nada más lejos del moralismo! Pero es un cambio que no puede producirse sin nosotros, sin nuestra libertad, sin la constante implicación de cada uno de nosotros.

¿Por qué insistía tanto don Giussani en la necesidad de un camino de maduración? Porque justamente en esta maduración de la familiaridad con Cristo reside la posibilidad de que nuestra vida sea plena, de que lleguemos a ser nosotros mismos. En caso contrario, la alienación domina. Pero esta maduración no es algo que haya que dar por descontado, no se realiza de forma automática, simplemente con el paso del tiempo, por el simple hecho de cumplir años. Tampoco debe darse por descontado en aquellos que han crecido dentro de la experiencia del movimiento. Este es el motivo por el que en 1982 don Giussani hablaba del «equivoco que entraña el hecho de “hacerse adultos” [...]. No considero que, estadísticamente, sea normal entre nosotros que el hecho de hacernos adultos conlleve una mayor familiaridad con Cristo, [...] nos haga más familiar a Aquel que es la respuesta a la pregunta humana que somos, más familiar la propuesta que se nos hizo hace veinticinco años. No lo creo»²⁰.

¡No es normal, estadísticamente hablando, que hacernos adultos haya hecho crecer la familiaridad con Cristo! Podemos percibir estas palabras como un reproche que nos fastidia o bien podemos acogerlas con una gratitud ilimitada, como el gesto de alguien al que le importa

¹⁶ H.U. von Balthasar, *La percezione dell'amore. Abbattere i bastioni e Solo l'amore è credibile*, Jaca Book, Milán 2010, p. 13.

¹⁷ R. Guardini, *Natale e capodanno. Pensieri per far chiarezza*, Morcelliana, Brescia 1993, p. 38.

¹⁸ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 125.

¹⁹ Cf. S. Kierkegaard, *La ejercitación del cristianismo*, Trotta, Madrid 2009.

²⁰ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 24-25.

tanto nuestra vida, nuestro camino, que aprovecha cualquier ocasión para reclamarnos a la verdad de nosotros mismos, para no dejar que acabemos en la nada.

Y entonces surge la pregunta: ¿por qué disminuye el interés, hasta el punto de percibir a Cristo lejano de nuestro corazón? ¿Por qué el hecho de hacernos adultos no ha incrementado la familiaridad con Él? Porque la espontaneidad no es suficiente –como nos ha dicho siempre don Giussani–, porque hacerse adultos no es un proceso espontáneo, sino que precisa un compromiso de la libertad, un camino, como fue para los apóstoles «la trayectoria de la convicción»²¹.

Dejémonos guiar por don Giussani en esta renovada toma de conciencia del camino que nos espera para que nuestra fe se vuelva madura. Es necesario que nos comprometamos, ante todo para mantener abierta nuestra humanidad: «Esa franca apertura última del espíritu [...] es algo en lo que tiene que comprometerse continuamente la persona. La responsabilidad de la educación es grande; pues esa capacidad de comprender, aunque sea connatural, no es algo espontáneo. Más aún, si se la trata como una pura espontaneidad, la base de sensibilidad de que se dispone originalmente quedará sofocada; reducir la religiosidad a la pura espontaneidad es un modo definitivo y sutil de reprimirla, de exaltar sus aspectos fluctuantes y provisionales ligados a un sentimentalismo contingente. Si no se estimula y ordena constantemente la sensibilidad hacia nuestra propia humanidad, ningún hecho, ni siquiera el más resonante, encontrará correspondencia. Antes o después todos hemos experimentado ese sentido de obtusa extrañeza ante la realidad que se experimenta en un día en el que nos hemos dejado llevar por las circunstancias y en el que no nos hemos comprometido en ningún esfuerzo: de improviso cosas, palabras y hechos que antes eran para nosotros razones evidentes, ese día dejan de ser tales y ya no se entienden»²².

¿Y de qué modo se puede captar la correspondencia? Se capta gracias a nuestro corazón, a nuestra humanidad. Si nuestro corazón no está despierto, ningún hecho, ni siquiera el de Cristo, podrá demostrar que corresponde a dicho corazón. Y sin correspondencia, solo prevalecerá la extrañeza. «¡Qué sola estoy aquí! Gran Dios, ¡qué sola estoy aquí y qué extranjera me siento! A mi alrededor todo me es hostil, y no hay lugar para mí. Hasta las cosas a mi alrededor, se diría que no me ven y que yo no estoy. [...] La realidad está ausente, la vida verdadera está ausente»²³. No es suficiente que Cristo siga sucediendo, si yo no tengo esa apertura que me permite darme cuenta de ello, que me permite no percibirlo como un extraño, si estoy bloqueado ante su presencia. Por ello, sin la libertad no es posible que siga interesándonos la fe. Subrayar la libertad es esencial, no es un añadido, aunque ello no significa de hecho que podamos apañarnos solos en la vida. ¡No! Significa simplemente que si no implicamos libremente toda nuestra humanidad, Cristo permanece aislado, alejado de nosotros mismos.

4. «Nuestro primer peligro es el formalismo»

¿Cuál es la consecuencia de este aislamiento del corazón con respecto a Cristo, de esta obtusa extrañeza que a veces sentimos, incluso después de mucho tiempo? El formalismo.

²¹ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 61ss.

²² *Ibidem*, p. 102.

²³ P. Claudel, *Il pane duro*, in Id., *Il pane duro – Destino a mezzogiorno*, Massimo, Milán 1971, p. 102.

«Nuestro mayor peligro, por tanto, es el formalismo, el repetir palabras o gestos sin que ni las palabras ni los gestos nos muevan o, al menos, hagan entrar en crisis algo dentro de ti, muevan algo en ti, iluminen la mirada que tienes sobre ti mismo, iluminen una convicción acerca de un valor (por qué, por ejemplo, tener que implicarte con las elecciones es una necesidad de tu humanidad, porque de no ser así le falta consistencia a tu humanidad)»²⁴. Giussani decía estas cosas a comienzos de los años 80, hablando a los responsables de los universitarios. Pero, ¿qué actuales resultan, cómo valen también para nosotros!

El formalismo es una fe que discurre paralela a la vida, que se conforma con la repetición de palabras y gestos; es una adhesión que se identifica con la participación en ciertos momentos o con el desarrollo de ciertas actividades; pero, en la medida en que no mueve algo dentro de mí, al margen de esos momentos y una vez realizadas esas actividades, nos encontramos frente a la vida como todos, también nosotros bloqueados en la alternativa entre una «exasperada presunción» y «la más oscura desesperación»²⁵.

Don Giussani hablaba del «formalismo a la hora de adherirse a la vida de la comunidad». Y lo describía así: «Uno no está en su sitio porque vaya a la Escuela de comunidad, o porque participe en la misa que celebra el cura amigo, ni tampoco porque reparta manifiestos o cuelgue en sitios públicos el *tatzebao*. Todo esto puede ser la formalidad con la que uno paga el peaje a la realidad social a la que se adhiere. ¿Pero cuándo llega a ser experiencia todo esto? Cuando te dice algo a ti y mueve (“movimiento”) algo dentro de ti»²⁶.

Y decía en 1977, nuevamente a los universitarios: «El verdadero problema es un modo formal de vivir la fe. Vivimos en una época en la que la fe se reduce a puro formalismo. [...] Falta la conciencia de que “mi vida es Cristo”, lo cual tiene que ver con el mundo entero y, por lo tanto, falta la conciencia de que el mundo tiene que ver con mi vida»²⁷.

También era consciente de ello el gran teólogo ortodoxo Olivier Clément: «La práctica de la Iglesia cambia sin que uno se dé cuenta, no como consecuencia de una creación consciente, sino a causa de cesiones, esclerosis, desviaciones, reinterpretaciones *a posteriori*, veneración de costumbres que de por sí son contingentes»²⁸.

Se trata de un aspecto en el que don Giussani nunca nos ha dado tregua. Afirma en un texto de 1984: «Cualquier expresión de un movimiento como el nuestro, si no hace nacer desde lo íntimo de las circunstancias concretas que se viven un llamamiento a la memoria de la presencia de Cristo, no vale. Más aún, empeora la situación de lo humano, porque favorece el formalismo y el moralismo. Devaluaría el acontecimiento entre nosotros –acontecimiento que deberíamos retener con temblor en los ojos y en el corazón como criterio de nuestro comportamiento mutuo– reduciéndolo a refugio sociológico, a posición social»²⁹.

Y en el nuevo libro de los Ejercicios de la Fraternidad añade: «Entonces se da este fenómeno por el que, [...] en ciertos momentos, nuestra alma levita, [...] se “despierta”, se mueve, pero después la mirada sobre la vida de todos los días vuelve a hacer que todo sea gris, homogéneo, pesado, que todo esté delimitado, reprimido. Y es como si no conectásemos jamás estos momentos de pensamiento y de mirada con nosotros mismos, salvo desde fuera,

²⁴ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, pp. 194-195.

²⁵ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 60.

²⁶ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., p. 194.

²⁷ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, pp. 106-107.

²⁸ O. Clément, *La rivolta dello spirito*, Jaca Book, Milán 1980, p. 82.

²⁹ L. Giussani, «Apéndice», en Id., *Alla ricerca del volto umano*, Jaca Book, Milán 1984, p. 90.

de forma moralista, en el sentido de que, como tenemos la fe, hay ciertas cosas que no se pueden hacer, y ciertas cosas que hay que hacer. Y esto se produce desde fuera, no desde dentro: lo que se hace o se deja de hacer no es expresión de una conciencia nueva (conversión), de la verdad de uno mismo, sino que es como un peaje que hay que pagar, que hay que tributar, aunque sea devota y profundamente reconocido y estimado. Pero esto no es así: o Dios es la vida o es como si estuviese fuera de nuestra puerta»³⁰. Es la alternativa que se pone en juego en cada momento, en cada circunstancia, al comienzo de cada acción, cuando empezamos a trabajar o cuando establecemos una relación: o Dios es la vida o queda relegado.

Cuando sucumbimos a esta separación (entre Dios y la vida, entre la presencia de Cristo y la vida, entre la fe y la vida) nuestras tareas se convierten en un mero apéndice de nuestra existencia, en algo extraño a nuestro corazón. Lo subraya el Papa en la *Evangelii gaudium*: «Hoy se puede advertir en muchos [...] una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora. Así, puede advertirse en muchos agentes evangelizadores, aunque oren, una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*»³¹.

Las actividades sin espíritu no son deseables, pues todo se deteriora. El papa Francisco describe de nuevo el resultado de la separación entre la fe y la acción: un activismo agotador. «El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado»³².

¿Cuál es la consecuencia de todo esto? «Así se gesta la mayor amenaza, que “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad”. Se desarrolla la psicología de la tumba, que poco a poco convierte a los cristianos en momias de museo. Desilusionados con la realidad, con la Iglesia o consigo mismos, viven la constante tentación de apegarse a una tristeza dulzona, sin esperanza, que se apodera del corazón como “el más preciado de los elixires del demonio”. Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!»³³.

5. El fondo del problema: «Nos hemos separado del fundamento humano»

Cuando Cristo está aislado con respecto a nuestro corazón y ya no se revela como algo interesante para nuestra vida, el cristianismo se cristaliza en doctrina. Si Cristo no es

³⁰ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 194-195.

³¹ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 78.

³² *Ibidem*, 82.

³³ *Ibidem*, 83.

reconocido como una necesidad mía, si yo no lo descubro como esencial para la plenitud de mis jornadas, como la Presencia de la que no puedo prescindir para vivir –porque tengo una necesidad que ninguna otra cosa puede satisfacer–, el cristianismo se queda como mucho en el noble pretexto para un compromiso social o religioso, del que espero una realización –o una satisfacción– que nunca llegará. Por eso es preciso no malinterpretar la naturaleza del corazón, el alcance de nuestro deseo, de nuestra necesidad, y no hacernos ilusiones pensando que podemos colmarlo con algo distinto de Su presencia. De hecho, Cristo se vuelve un extraño cuando nuestro corazón se vuelve extraño a nosotros mismos.

Don Giussani identificó con claridad cuál es el núcleo de la cuestión que el Papa ha descrito tan bien y que nos lleva a la extrañeza con respecto a Cristo y a nosotros mismos. «En el clima moderno [decía en Chieti en 1985], nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente [podemos sabérmolas de memoria], no de los ritos cristianos directamente [podemos seguir repitiéndolos], no directamente de los Diez Mandamientos [podemos seguir siendo fieles a ellos]. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso [de nuestra humanidad]. Tenemos una fe que ya no es religiosidad [...], que no responde como debería al sentido religioso». Por eso, tenemos una fe que «no es consciente, una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma. Decía un viejo autor, Reinhold Niebuhr: “No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se plantea”. Cristo es la respuesta al problema, a la sed y al hambre que el hombre tiene de la verdad, de la felicidad, de la belleza y del amor, de la justicia, del significado último»³⁴.

La fe pierde interés, se vacía, se vuelve rígida formalmente en la medida en que nos separamos o nos dejamos separar del fundamento humano. Por eso Cristo empieza a alejarse, y con Él se aleja lo demás y toda la realidad, y las cosas que hacemos empiezan a convertirse en un peaje que debemos pagar. Como dice Tolstoi: «Sentía que se me escapaba lo que me era indispensable para vivir»³⁵.

La eliminación de Cristo hoy en día –en nuestra sociedad occidental– no pasa ante todo a través de la oposición explícita y frontal a Cristo, sino a través de la reducción de lo humano, de los deseos y de las necesidades del hombre, a través de la censura de nuestra sed, es decir, de nuestra pobreza original. Cristo se convierte así en un mero nombre (nos lo hemos repetido muchas veces) y el cristianismo se transforma en una matriz cultural y en el punto de partida de un reclamo ético.

Aquí podemos reconocer la influencia de la Ilustración en nosotros. «Verdades históricas, como contingentes que son, no pueden servir de prueba de las verdades de razón, como necesarias que son»³⁶, decía Lessing. Y Kant añadía: «Una fe histórica basada solo en hechos no puede extender su influjo más que hasta donde pueden llegar, según circunstancias de tiempo y lugar, los relatos relacionados con la capacidad de juzgar su fidedignidad»³⁷. Nosotros también hemos creído que podíamos conocer, que podíamos cambiar, elaborar una concepción y una praxis eficaces prescindiendo de la realidad de Cristo, que se vuelve experimentable en la Iglesia.

³⁴ L. Giussani, *La coscienza religiosa nell'uomo moderno*, 21 noviembre 1985, en Quaderni del Centro Culturale “Jacques Maritain” - Chieti, enero 1986, p. 15.

³⁵ L. Tolstoi, *La confessione*, SE, Milán 2000, p. 81.

³⁶ G.E. Lessing, *Escritos filosóficos y teológicos*, Anthropos, Barcelona 1990, p. 482.

³⁷ E. Kant, *La religión dentro de los límites de la mera razón*, Alianza, Madrid 2012, p. 128.

Pero, como nos ha dicho don Giussani –y lo repetimos en los Ejercicios del año pasado– es «una historia concreta [...] la clave de la concepción cristiana del hombre, de su moralidad en la relación con Dios, con la vida y con el mundo»³⁸. Es decir, solo dentro de la historia concreta que ha generado Cristo, solo a través de la experiencia de Cristo en el corazón de cada uno de nosotros, puede brotar y mantenerse viva en el tiempo una concepción verdadera del hombre, la posibilidad de una moralidad. Es el acontecimiento de Cristo, el encuentro histórico con su presencia, ahora al igual que entonces, lo que hace posible que se desvele la verdad completa sobre el hombre y el camino hacia ella.

Escuchemos cómo describía don Giussani el acontecer puntual, preciso, de esta historia concreta en su vida: «Si yo no hubiera conocido a monseñor Gaetano Corti en tercero de secundaria, si no hubiera escuchado las pocas lecciones de italiano de monseñor Giovanni Colombo, que luego llegaría a ser cardenal de Milán, si yo no me hubiera encontrado a chicos que frente a aquello que yo sentía abrían los ojos de par en par como frente a una sorpresa tan inconcebible cuanto de agradecer, si yo no hubiera empezado a reunirme con ellos, si yo no hubiera conocido cada vez a más gente que se implicaba conmigo, si yo no hubiera tenido esta compañía, Cristo, para mí al igual que para ti, habría sido una palabra objeto de frases teológicas, o bien, en el mejor de los casos, un reclamo a un afecto “piadoso”, genérico y confuso que se concretaba solo en el temor de los pecados, es decir, en un moralismo»³⁹.

Pero –volviendo al tema que hemos dejado abierto–, para escapar a la cristalización del cristianismo en doctrina (frases teológicas) o a su reducción a ética (moralismo), se precisa un parto; es decir, es necesario que Cristo no sea algo que añadimos a nuestra vida desde fuera, de forma moralista, quedándose en última instancia como algo extraño a nuestro corazón, sino que se sitúe en la raíz de nuestra conciencia y de nuestra acción, de modo que la evidencia de Su presencia brote desde dentro de la vida que afrontamos permaneciendo en relación con Él, a la luz del vínculo con Su presencia, como afirmaba Mounier en este pasaje leído y comentado por don Giussani en los Ejercicios de la Fraternidad de 1989: «“De la tierra, de la solidez [la tierra o la solidez son el conjunto de condiciones en las que se encarna la vida: el vestido, la voz que tengo, los ojos que me sirven hasta cierto punto], es de donde deriva necesariamente un parto lleno de alegría [o de grito, pero es el grito de alegría por lo que nace], el sentimiento paciente de la obra que crece [lo que nace crece, se organiza, se convierte en un cuerpo, en un camino, en una historia llena de paciencia], de las etapas que se suceden [las etapas de la historia], esperadas con calma, con seguridad [seguridad porque Él está aquí]. Es necesario sufrir para que la verdad no se cristalice en doctrina”. Todo es sufrir: parto, paciencia, una etapa detrás de la otra que no se produce enseguida, el sacrificio supremo de la seguridad, es decir, de la certeza en Otro. Es sufrir para que el hecho que existe entre nosotros, Cristo, no se quede en un ejemplo o un conjunto de valores morales, sino que nazca de la carne. Es necesario sufrir: adherirse a la modalidad con la que esta presencia se halla entre nosotros. Además, Cristo ha resucitado, pero ha pasado a través de la muerte. En la oración del *Ángelus* pedimos a Dios que nosotros, que hemos conocido la encarnación de su hijo Jesucristo, por su muerte y resurrección seamos llevados a la experiencia de su gloria, al cambio de la vida y del mundo. Adherirse a Cristo, hacer que penetre en nuestra carne, significa mirar, concebir, sentir, juzgar, valorar, intentar tratarnos a nosotros mismos y a las

³⁸ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 80.

³⁹ L. Giussani, *Qui e ora. 1984-1985*, BUR, Milán 2009, pp. 209-210.

cosas con la memoria de Su presencia, con Su presencia en los ojos.[...] De esta memoria deriva toda la moral. No queda abolida ni siquiera una coma de la ley, sino que Su presencia establece su fundamento»⁴⁰.

Como dijo el papa Francisco el Jueves Santo: «Nunca la verdad de la *Buena Noticia* podrá ser solo una verdad abstracta, de esas que no terminan de encarnarse en la vida»⁴¹.

Me escribe una profesora: «Estaba participando en un gesto de GS y, comiendo con algunos chicos, le pregunté al que tenía enfrente de mí cómo se llamaba, cuántos años tenía y a qué colegio iba. “16 años, tercer curso de liceo clásico”. Después le hice otras preguntas. Y él, con un tono de voz carente de cualquier vibración, completamente plano, me respondió: “Sí, estoy contento, estoy de acuerdo con todo lo que he escuchado, pero para mí no son cosas nuevas, ya las conozco, me las ha dicho el sacerdote de mi comunidad con el que me veo desde hace ya tres años. Para mí se trata de una profundización”. ¡La desilusión hecha carne estaba ahí, delante de mí! Me sentí bloqueada en esta conversación. Tenía unas ganas terribles de huir. Y sin embargo en el fondo, verdaderamente en el fondo –parece imposible siquiera pensarlo– estaba agradecida por él, porque me hacía consciente de mí misma, de mi deseo. Esta herida hizo que me pusiera de rodillas: sin Ti, sin Ti aquí, ahora, presente, yo no soy nada, pierdo mi humanidad, mi yo. En el desarrollo banal de una comida “insulsa” he podido descubrir la exigencia fundamental, la necesidad esencial de mi existencia: caer en la cuenta de que Tú estás. Hasta hace poco tiempo no habría caído en la cuenta de un hecho como este, o me habría producido solo una breve impaciencia, casi una molestia. ¡Qué gratitud tan grande por don Giussani, que me ha introducido en un camino en el que nada, pero verdaderamente nada, puede quedar olvidado o excluido!».

Estas líneas ponen de manifiesto cuánto necesitamos esa pobreza –hasta el punto de ponernos de rodillas para pedirla– a la que nos reclama el Papa en la carta que nos envió (para agradecernos la colecta que le habíamos hecho llegar después de las peregrinaciones con motivo del Jubileo) y que mañana retomaré. Todo se vuelve gris, damos todo por descontado si no tenemos conciencia de nuestra pobreza, de nuestra necesidad, si no existe una implicación de nuestra libertad. ¡Cuánta razón tiene Péguy! Si no llegamos a ser protagonistas de nuestra salvación, como él afirma, nunca resultará interesante para nosotros.

6. «Del lado del sepulcro o del lado de Cristo»

Dijo el Papa en la homilía de Pascua: «Pensemos un poco, que cada uno de nosotros piense, en los problemas cotidianos, en las enfermedades que hemos vivido o que alguno de nuestros familiares tiene; pensemos en las guerras, en las tragedias humanas y, simplemente, con voz humilde, sin flores, solos, ante Dios, ante nosotros, decimos: “No sé cómo va esto, pero estoy seguro de que Cristo ha resucitado y yo he apostado por esto”»⁴².

Con Cristo podemos afrontar cualquier situación en la que nos encontremos. Y en esto consiste también nuestra verificación. No estamos condenados a la cristalización y a la aridez,

⁴⁰ L. Giussani, *Occorre soffrire perché la verità non si cristallizzi in dottrina ma nasca dalla carne*, Esercizi Spirituali della Fraternità di Comunione e Liberazione, Rimini 1989, p. 24.

⁴¹ Francisco, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, 13 de abril de 2017.

⁴² Francisco, *Homilía en la Santa Misa del Domingo de Pascua en la Resurrección del Señor*, 16 de abril de 2017.

sino que, nuevamente, para realizar esta verificación se necesita nuestra libertad. Debemos decidir de qué lado estamos.

Lo dijo de forma clara y conmovedora el papa Francisco en Carpi, el pasado 2 de abril. Hablaba a las víctimas del terremoto de la región de Emilia, pero ese llamamiento vale para nosotros aquí, hoy: «Detengámonos [...] en el último de los signos milagrosos que Jesús realiza antes de su Pascua, en el sepulcro de su amigo Lázaro. [...] Alrededor de ese sepulcro se produce un gran *encuentro-desencuentro*. Por una parte hay una gran *desilusión*, la precariedad de nuestra vida mortal que, atravesada por la angustia a causa de la muerte, experimenta a menudo una debacle, una oscuridad interior que parece infranqueable. Nuestra alma, creada para la vida, sufre al sentir que su sed de bien eterno se ve oprimida por un mal antiguo y oscuro. Por una parte está esta debacle del sepulcro. Pero *por otra parte está la esperanza* que vence a la muerte y al mal y que tiene un nombre: la esperanza se llama Jesús. Queridos hermanos y hermanas, también nosotros somos invitados a decidir de qué lado estamos. Podemos estar *del lado del sepulcro* o bien *del lado de Jesús*. Hay quien se deja encerrar en la tristeza y quien se abre a la esperanza. Hay quien se queda atrapado entre las ruinas de la vida y quien, como vosotros, con la ayuda de Dios, levanta las ruinas y reconstruye con esperanza paciente. Frente a los grandes “porqués” de la vida tenemos dos caminos: quedarnos mirando melancólicamente los sepulcros de ayer y de hoy, o hacer que Jesús se acerque a nuestros sepulcros. Sí, porque cada uno de nosotros tiene ya un pequeño sepulcro, alguna zona un poco muerta dentro del corazón: una herida, una injusticia sufrida o realizada, un rencor que no da tregua, un remordimiento que vuelve una y otra vez, un pecado que no somos capaces de superar. [...] Sentimos entonces como dirigidas a cada uno de nosotros las palabras de Jesús a Lázaro: “¡Sal fuera!”, sal fuera del bloqueo de la tristeza sin esperanza; desata las vendas del miedo que obstaculizan el camino; desata las ataduras de las debilidades y de las inquietudes que te bloquean [...]. Al seguir a Jesús aprendemos a no atar nuestras vidas en torno a los problemas que se complican: siempre habrá problemas, siempre, y cuando resolvemos uno, puntualmente llega otro. Sin embargo, podemos encontrar *una nueva estabilidad*, y esta estabilidad es precisamente Jesús, esta estabilidad se llama Jesús [...]. Y aunque las dificultades no faltarán, siempre contaremos con su mano, que nos levanta»⁴³.

Y en la noche de Pascua, el Papa afirmaba: «Con la Resurrección, Cristo no ha movido solamente la piedra del sepulcro, sino que quiere también hacer saltar todas las barreras que nos encierran en nuestros estériles pesimismo, en nuestros calculados mundos conceptuales que nos alejan de la vida, en nuestras obsesionadas búsquedas de seguridad y en desmedidas ambiciones capaces de jugar con la dignidad ajena. [...] Dios irrumpe para trastocar todos los criterios y ofrecer así una nueva posibilidad. [...] Alégrate, porque tu vida esconde un germen de resurrección, una oferta de vida esperando despertar. Y eso es lo que esta noche nos invita a anunciar: el latir del Resucitado, Cristo vive. [...] Vayamos y dejémonos sorprender por este amanecer diferente, dejémonos sorprender por la novedad que solo Cristo puede dar. Dejemos que su ternura y amor nos muevan el suelo, dejemos que su latir transforme nuestro débil palpitar»⁴⁴.

⁴³ Francisco, *Homilía en Carpi*, 2 de abril de 2017.

⁴⁴ Francisco, *Homilía en la Vigilia Pascual de la Noche Santa*, 15 de abril de 2017.

Para eso estamos juntos durante estos días, para sostenernos, para reclamarnos unos a otros con nuestro testimonio, ejerciendo nuestra libertad, para dejarnos sorprender y abrazar por Su presencia, de modo que no sucumbamos en nuestro sepulcro, como dice el Papa. «Somos invitados a decidir de qué lado estamos. Podemos estar *del lado del sepulcro* o bien *del lado de Jesús*».

Os pido a todos que respetéis el silencio, justamente para ayudarnos a estar del lado de Jesús. No lo demos por descontado. Si no nos ayudamos a que el silencio sea pleno y no algo mecánico, lleno de tensión por reconocer Su presencia, si no nos ejercitamos en hacer silencio, estos no serán para nosotros unos «ejercicios» espirituales. También el silencio tiene que nacer de la carne para que llegue a ser mío.

Este año hemos pensado dedicar una parte del silencio que pedimos al entrar en los salones para retomar algunos cantos de nuestra historia. Esta propuesta que os hacemos nace del deseo de no dar por descontado el don que es cantar juntos. Deseamos que cada uno de nosotros –y por tanto nuestras comunidades– pueda descubrir nuevamente el gusto, la belleza y la fuerza educativa de cantar juntos.